



Persona y cultura: Hacia una personalización de la cultura¹

Francisco Manuel Villalba²

Como afirma la presentación de las V Jornadas de la Asociación Española de Personalismo, la modernidad iniciada con Descartes ha desembocado en el giro antropológico, tanto para la Filosofía como para la Antropología cultural. La Antropología filosófica puso al hombre en el centro de su reflexión. Por su parte, la Antropología social y cultural vuelve su mirada al estudio de la cultura propia. Ambas perspectivas tratan de alcanzar un conocimiento del ser humano desde la reflexividad y la triangulación teórico-metodológica³, ya que no se trata de un esfuerzo realizado sólo por una de las ramas del saber, sino de un esfuerzo común de varias disciplinas (filosofía, antropología, sociología, psicología, etc.). Sin embargo, no se llega a precisar de forma clara qué es el hombre, y mucho menos quién es la persona, sobre todo por la diversidad de perspectivas desde las que es abordado el problema y que tienen como consecuencia la diversidad de humanismos, algunos de ellos diametralmente opuestos. Lo positivo de este periodo, que va desde la afirmación del cogito de Descartes hasta el vacío de la existencia nihilista, es que sienta algunas de las bases epistemológicas para el giro personalista. Ayudada por la fenomenología, la persona emerge del yo cartesiano y adquiere

una dignidad, por sí misma y en sí misma, que crece y se desarrolla en la relación con los otros dentro del ámbito socio-cultural.

La persona

La persona comienza a ser entendida como una unidad, “del yo, el sí mismo y el cuerpo”, como afirma E. Stein, donde se dan cita tanto sus elementos internos, su interioridad, como sus elementos externos, su exterioridad, inseparables ambos para no caer en una visión sesgada de la persona. “La unidad de la persona es unidad en expansión, que va conformando a la conciencia de sí, en la que se expone el yo, al conjunto disposicional de su sí mismo, que denominamos ethos o carácter, y al cuerpo, que la persona convierte en expresión e instrumento suyo”⁴. La persona, por tanto, en su estructura fundamental es un sujeto complejo. La complejidad le viene, precisamente, de esa doble dimensión con la que tiene que lidiar en su cotidianeidad: es una unidad que se constituye como tal ante la diversidad. Es decir, la unidad de la persona necesita de los demás para su constitución, no se puede dar un yo sin un tú, y viceversa. “La persona (...) sólo se autopercebirá plenamente como yoidad ante un tú”⁵, pero los tú que interpelan al yo, a la manera buberiana, son diferentes y diversos. Existe una coincidencia en la unidad ontológica propia de cada uno, tanto del yo como del tú, lo que les dota de la misma dignidad, pero son diferentes y diversos en su inmanencia. El hombre es un ser en el mundo, pero cada uno es en el mundo, en cuanto a lo inmanente, de manera diferente.

Esta relación ‘diádica’, en palabras de Nédoncelle, es una relación creadora, que se funda en la creatividad propia de las personas. La relación interpersonal crea las diferentes formas de relación: yo-tú; sujeto-objeto. En la primera se trata de una relación basada en la personalización, la segunda está más bien fundamentada en la instrumentalización y depende de la anterior, ya que es con el descubrimiento del tú y de los otros como diferenciamos las relaciones interpersonales de las relaciones con los objetos.

1 Ponencia presentada a las V Jornadas de la Asociación Española de Personalismo, “Del qué al quién”, Universidad CEU San Pablo, Madrid 2009.

2 Profesor de Enseñanza Secundaria en Murcia, España. Teólogo; Antropólogo; Máster en Pensamiento Contemporáneo. (Ver más en nuestro link de Autores).

3 Con triangulación teórico-metodológica me refiero a un tipo de triangulación que consiste en el uso de múltiples perspectivas, más que de perspectivas singulares en relación con el estudio de la persona.

4 Ferrer, U.: *¿Qué significa ser persona?* Ediciones Palabra, Madrid 2002, p.63.

5 Moreno Villa, M.: *El hombre como persona*. Caparrós Editores (Col. Esprit), Madrid 1995, p. 94.

Tanto los objetos como los otros sujetos aparecen a las personas como posibilidades de acción, pero en el caso de los objetos la acción se lleva a cabo por necesidad o por utilidad, mientras que en las relaciones interpersonales se trata de una acción que se realiza por libre iniciativa. H. Arendt subraya, en este sentido, que cada persona es irradiadora de posibilidades nuevas e inéditas, por eso es irreplicable y única. Para que se dé la acción ha de comparecer la persona que cada hombre es, no sólo la necesidad o la utilidad, sino lo más propio de cada una, su unicidad, el quién. Ahora bien, las posibilidades nuevas e inéditas que aparecen con la acción de la persona son generadoras de pluralidad de posibilidades y a la vez de pluralidad de formas de relación interpersonal. Vivir, para la persona, es vivir entre los demás, que son iguales y distintos a la vez.

Persona, Naturaleza y Cultura

¿Dónde desarrolla la persona sus potencialidades, su acción? Es en la cultura donde la persona desarrolla su creatividad, sustentada en su unidad y en su comunicación con los demás. La cultura hace posible la acción humana productiva, dando lugar a la diversidad de posibilidades que ya estaban dentro de la misma acción configurándola. K. Wojtyla expresa esta relación entre la acción y sus consecuencias cuando diferencia dos efectos de la acción: 1) el transitivo: que se produce cuando realizamos la acción y que produce un efecto en el mundo externo, y 2) el no-transitivo: que permanece en el sujeto, que procura su desarrollo y actualización como persona, y que posteriormente la persona refleja en su acción⁶.

La interpelación hecha a la persona por los demás despierta la creatividad, dando lugar a realidades que antes no eran. La comunicación interpersonal funciona a la manera de una mayéutica, que saca fuera de la persona las potencialidades para la acción y la creación. A través de la acción humana la persona descubre en lo natural oportunidades que no encuentra en ella misma debido a su carácter opaco. Tal es el fundamento ontológico de la cultura, ya que a través de ella la persona puede hacer trans-

parentes, para sí y para las demás, aquellos aspectos que quedan opacos de su ser persona, tanto en su proceso de personalización como en las relaciones interpersonales.

Por ello la persona está abierta a un futuro creativo, llamémosle horizonte cultural, que le proporciona una especie de círculo intemporal e inespacial, ya que no está culminado ni llegará a culminarse, no está concretizado ni se concretizará⁷, frente a los objetos o a los otros seres naturales, los cuales se ven encerrados en su horizonte natural o biológico. La persona aparece, entonces, como alguien subsistente y autónomo pero que, en esencia, es un ser social y comunitario; un ser libre, tendente a la trascendencia, con un valor en sí mismo que le libra de la discapacidad del ser como objeto. La persona realiza acciones con el objetivo de actualizar sus potencialidades y para, finalmente, autodefinirse, pero sin perder de vista la naturaleza.

La persona se encuentra, pues, entre dos realidades: una dada, la naturaleza, que la determina, y otra elaborada, la cultura, que la condiciona. La cultura, como segunda naturaleza, es, en palabras de J. I. Murillo: "una continuación social e histórica de la naturaleza que representa la solución al problema de la diversidad de personas que poseen la misma naturaleza y disponen de un universo acorde con la limitación de su conocimiento"⁸. En este punto nos encontramos con dos nociones distintas de naturaleza: la biológica y la ontológica. Pues bien, la cultura es la continuación de la naturaleza entendida ésta como lo natural, lo biológico y, por consiguiente, como contrapuesto a lo esencialmente humano. Pero los humanos poseemos una misma naturaleza, y éste es el sentido metafísico, que desde el pensamiento aristotélico aúna la esencia y el principio dinámico que hace a lo humano ser humano. Entonces, la cultura es la forma como el hombre se relaciona por esencia

7 El horizonte cultural al que me refiero no puede culminarse, pues la creatividad y la libertad inherente de la persona siempre planteará un 'además' cultural. Y tampoco puede concretarse en una cultura determinada, ya que esto supondría un etnocentrismo que a la larga sofocaría la creatividad de personas de otras culturas.

8 Murillo, J. I.: *La teoría de la cultura de Leonardo Polo*, en: Anuario Filosófico, 1996, p. 851.

6 Wojtyla, K.: "El problema del constituirse de la cultura a través de la 'praxis' humana", en: *El hombre y su destino*. Ediciones Palabra, Madrid 2005, pp. 187-203.

con la esfera biológica. Desde la Antropología social y cultural se dio lugar a una doble concepción: por una parte, están los antropólogos evolucionistas y materialistas, que ven una fuerte determinación biológica y ecológica en la formación cultural (M. Harris), mientras que otros antropólogos culturales afirman que lo biológico en la persona, por ejemplo la sexualidad, está normativizado por la cultura (M. Mead, Malynowski, etc.).

Lo que aquí afirmamos sin reservas es que cada hombre, cada persona, es total y radicalmente diferente de los demás seres. Incluso desde el punto de vista biológico, la persona es ya algo distinto desde su origen al resto de los seres y, como afirma K. Jaspers, la persona no se puede concebir como una especie animal a la que se le ha agregado posteriormente lo normativo-espiritual.

La persona excede, por tanto, la esfera biológica en la cual influye constantemente, por medio de su actuación creativa, creando nuevas necesidades y nuevos modos de resolverlas, que no hacen sino aumentar sus capacidades naturales y abrirlas a nuevas posibilidades (técnica). “La naturaleza, sin embargo, presenta un carácter dado y estable, independiente y ajeno a la acción humana. Las leyes naturales, en efecto, no son un producto ni una construcción del hombre, están ahí y el hombre, como mucho, puede descubrirlas o emplearlas mientras que al individuo en el que habitan en cierto sentido se le imponen (y le definen) desde su carácter de causa final. También esto es válido para la persona pero con una salvedad decisiva: la irrupción de la libertad. Los demás seres siguen las leyes de su naturaleza de manera obligatoria y prácticamente automática o instintiva; la persona, por el contrario, lo hace de manera libre, lo que significa que puede no seguirlas y actuar así en contra de su propia naturaleza, algo inconcebible en el mundo natural”⁹.

Si tomamos las categorías aristotélicas de materia y forma, quizás lo entendamos mejor: la naturaleza es a la cultura lo que lo constituido (materia) es a lo constituyente (forma). Así, la naturaleza es la materia y la cultura es la forma, ninguna de las cua-

9 Cfr. Burgos, J. M.: “Sobre el concepto de naturaleza en el personalismo”, en *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, Año 54, N° 132 (jul.-dic.), 2005, pp. 295-312.

les posee existencia independiente, se realizan como estructuras o entidades que son a la vez empíricas e inteligibles (Lévi-Strauss). La naturaleza es, entonces, la materia prima a la espera de recibir forma significativa y contenido de la mente del hombre, es decir, forma cultural. Esto no quiere decir que con la naturaleza se pueda hacer lo que se quiera.

La cultura colabora con la persona en su proceso de personalización, insertándola en un ordenamiento artificial (lenguaje, educación, relación, comunicación, diálogo, etc.). Este ordenamiento artificial hace que la persona postergue, no anule, sus instintos naturales inscribiéndolos dentro de un orden. Así, el comportamiento animal es distinto de la conducta humana, el primero intenta satisfacer necesidades buscando un equilibrio en el plano biológico, mientras que la conducta humana¹⁰ busca un doble equilibrio: el biológico (atención a las necesidades naturales penetradas de cultura), y el social (aprendizaje variado).

Ahora bien, en el hombre, en la persona, ambas facetas están relacionadas, ya que lo social mediatiza lo biológico, por ser la cultura una continuación normativizada de lo biológico-natural. De tal manera que lo cultural llega incluso a convertirse en lo natural; así, el equilibrio normativo, al que se llega mediante un consenso histórico, llega a darse como sobreentendido y conforme a la naturaleza. Esto ha hecho que se vean ciertos horizontes normativos como los más ajustados a la naturaleza, dando lugar a etnocentrismos y a la consideración de ciertos individuos como marginales, por no cumplir con el sistema normativo considerado como el natural¹¹. Pero

10 Resulta llamativo que en el propio uso de la lengua se haga una distinción, y la mayoría de las veces nos refiramos al comportamiento animal mientras que cuando se trata del ser humano no refiramos a conducta. La R.A.E. parece hacer un principio de distinción cuando define conducta con una acepción psicológica: Conjunto de las acciones con que un ser vivo responde a una situación, donde parecen entrecruzarse ciertas trazas de libertad, reflexión, etc., propias del ser vivo humano; mientras que comportamiento tiene una connotación más cercana al estar dirigido, a un hacer instintivo.

11 Cfr. Mead, M.: *Sexo y temperamento en*

lo cierto es que la existencia de la cultura demuestra que el hombre está por encima de lo natural, y por lo tanto que el hombre es persona, ya que la apertura al futuro que le aporta la cultura es distinta de la que le otorga su tiempo biológico.

La cultura, como resultado de la acción del hombre, pertenece a otra dimensión, al mundo específicamente humano: "la cultura es una proyección del espíritu del hombre"¹². Si el hombre no fuera espíritu, su crecimiento sería en sí limitado, restringido; la carencia de límites tiene que ver con lo espiritual. El hombre es espíritu porque es persona; y esta afirmación puede volverse del revés: porque es persona es espíritu. El hombre es un espíritu en el mundo. Vivir en el mundo de acuerdo con lo que se es, persona humana, y por lo tanto libre en el tiempo, lleva a 'crecer', a la realización. Y esta esperanza de llegar a ser más, unida a la felicidad que se experimenta en el intento, es otro motivo que impulsa al hombre a proseguir este crecimiento. "El hombre puede ir a más, porque nunca acaba de llegar a ser hombre: cualquier época de su vida es propicia para ser más. El hombre es capaz de crecer irrestrictamente"¹³. Todos los crecimientos relacionados con la dimensión biológica-natural del hombre son finitos, sólo el movimiento perfeccionador no tiene límites, "si no fuera así, la vida no tendría sentido"¹⁴. Crecer como hombre, llegar a ser cada vez más persona es, en palabras del profesor Polo, "la más alta forma de crecimiento que existe"¹⁵.

La cultura, el crecimiento personal y los trascendentales de la persona

¿Qué es lo que hace al hombre crecer como

tres sociedades primitivas, Ed. Paidós (Colección Surcos), Barcelona 2006.

12 Polo, L.: *Quién es el hombre*, Ediciones Rialp, Madrid 1991, p. 173.

13 Crecimiento irrestricto puede definirse en esos términos: es la capacidad que tiene la libertad del hombre de alcanzar, a lo largo del tiempo de la vida, una perfección no limitada a priori, sino abierta. Cfr.: Polo, L.: *Quién es el hombre*, cit.

14 Ibid., p. 112.

15 Ibid., p. 110.

persona? Para responder a esta cuestión debemos intentar esbozar un elenco de los radicales personales o trascendentales. Cuando digo radicales me refiero a la raíz, al núcleo personal, no a sus manifestaciones, es decir, a esos rasgos nucleares de la persona humana, o a los distintos aspectos que se pueden describir en su núcleo personal. No se trata de aspectos relativos a qué es la persona sino aspectos referidos a quién es ella. Uno de los fundamentos de nuestra cultura ha sido el ir descubriendo a lo largo de la historia, y gracias al devenir de la Filosofía y de la Antropología, la importancia de la persona humana y la consideración de su dignidad como tal. Veamos cuáles son los radicales que definen a la persona, cómo aparecen y qué relación guardan con la cultura.

Intimidad / Co-existencia: Es la conciencia que la persona tiene de su unicidad y excelencia, la cual suscita el deber de ser fiel a sí misma. La intimidad, por tanto, es al mismo tiempo vivencia subjetiva y cultivo interior. Cada persona tiene una dimensión interna o, como diría Ortega, una circunstancia interna que sólo conoce uno mismo. En nuestro interior nos encontramos con aspectos propios que no son cuantificables, ya que son inmateriales, tales como el conocimiento intelectual, el querer, etc. Sólo los conoce quien los posee, y es mediante el lenguaje (no sólo el lenguaje articulado, sino cualquier forma de expresión) como se hacen patentes y se sacan fuera estos aspectos personales íntimos.

La intimidad es, pues, una apertura del hombre hacia dentro (co-existencia consigo). No es algo estático sino que es una fuente viva de posibilidades creativas, que la hacen ser única, original e incommunicable. Hace ser a la persona un absoluto relativo, y en este sentido hace que la persona no sea un qué sino un quién (por ello es un radical o trascendental de la persona).

La cultura ha ido perdiendo poco a poco su referencia a la intimidad. Esto ha hecho que la propia persona haya dejado de lado el mundo simbólico y espiritual para quedar anclada en lo material y científico. La persona ha abandonado el ámbito de la conciencia para darle un mayor protagonismo al ámbito de la ciencia y a su correlato cultural, la técnica. Con ello es innegable que hemos conseguido una mayor calidad de vida, pero es igualmente innegable que la aparición del 'homo technologicus' ha traído una mayor despersonalización a ciertos ámbitos de nuestra vida. Lo transitivo se ha puesto por encima de lo no transitivo.

Lenguaje: El interior de la persona no se queda ahí sino que tiene la necesidad de salir fuera de sí mismo, de abrirse al exterior y, lo que es más importante, hacia los demás. La adquisición del lenguaje forma parte del proceso de hominización, ya que la adaptación de algunos de nuestros órganos para tal función ha sido causada por la necesidad de manifestar nuestro mundo interior. La persona es por ello un ser capaz de hablar. Hanna Arendt lo expresaba con estas palabras: "Con la palabra y el acto nos insertamos en el mundo humano y esta inserción es como un segundo nacimiento. (...) Su impulso surge del comienzo que se adentró en el mundo cuando nacimos, y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa. (...) Este comienzo no es el comienzo de algo sino de alguien: el principio de la libertad se creó al crearse el hombre"¹⁶.

Tanto el lenguaje como la acción dependen de la corporeidad de la persona. La persona, aparte de ser intimidad, también es cuerpo, es alguien corporal¹⁷. Esta corporalidad de la persona no es un simple añadido de menor categoría frente a la intimidad, como defendían los estoicos, o su cárcel, dentro del pensamiento platónico, ni tampoco es lo superior al estilo de los hedonistas. Intimidad y corporalidad son complementarias, y se presuponen, conformando la doble cara de la persona: interior y exterior. El rostro es un claro ejemplo de esto, es la parte corporal de la persona que se deja ver, si es su intención, al otro, manifestando su identidad, mientras que el resto del cuerpo se oculta.

En la actualidad nos encontramos en una cultura empapada en todo tipo de lenguaje. Hablar nos parece algo tan natural como caminar; sin embargo caminar es una función biológica y hablar es un hecho cultural. Las palabras son a las ideas lo mismo que los números a la aritmética. No podríamos hablar de ninguna sustancia si no tuviéramos la palabra que sirve de soporte a la idea que la representa. De la misma manera que las cualidades no pueden existir sin los objetos, que les sirven de soporte, tampoco los componentes de una idea pueden manifestarse sin

la palabra que le sirve de soporte; por ello, sin signos no se puede dar forma al pensamiento ni expresarlo a los otros. En el mismo sentido, W. Von Humboldt da especial relevancia, en su filosofía del lenguaje, a los aspectos psicológicos. Considera que el lenguaje es el instrumento a nivel social e individual que sirve de fundamento a nuestras capacidades cognitivas. Admite que también funciona como instrumento de comunicación, pero lo que lo configurará como es, es su función para los procesos mentales. Mediante el lenguaje organizamos el mundo fenomenológico, las palabras nos sirven para construir los conceptos. El lenguaje es por tanto un instrumento para organizar la experiencia, algo muy importante para la personalización, ya que configura la biografía.

Diálogo: Los dos radicales anteriores se ven reunidos en la capacidad dialógica que caracteriza a la persona. Es quizás uno de los radicales más importantes, ya que la perfección de la persona no se realiza en la interioridad aislada sino en la relación con los demás, y esta relación es una relación dialógica de un yo con un tú, de una intimidad con otra intimidad. El dominio sobre la propia intimidad está unido a la capacidad de apertura, por lo que la persona es una co-existencia consigo y con los otros. Una persona sola no podría manifestarse, ni dialogar, ni darse, ni por supuesto crecer como persona, por lo que quedaría por completo frustrada. La condición dialógica es manifestación de su condición estrictamente social o comunitaria. Es un ser 'constitutivamente dialogante'.

Para la cultura el diálogo es un elemento fundante ya que la mayoría de sus aspectos están basados en convenciones adquiridas mediante el diálogo. La falta de diálogo suele ser lo que arruina toda forma de convivencia humana (matrimonio, familia, instituciones, etc.). Parece claro que la conciencia del yo es posterior a la conciencia del tú, llevando al plano individual lo que Ch. Taylor afirma para el plano colectivo cuando considera que la identidad de un pueblo, colectivo o grupo, se consigue por oposición a otro pueblo, colectivo o grupo, que se le aparece y con el cual se relaciona dialógicamente. Uno de los aspectos más importantes para la formación de la persona como es la educación, depende en gran medida del diálogo interpersonal.

Libertad: El ser libre es un constitutivo esencial del ser personal. El hombre es el ser vivo que se caracteriza por el hecho de que en el origen de sus ac-

16 Arendt H.: *La condición humana*, Ed. Paidós, Barcelona 1993, p. 201.

17 Marías, J.: *Persona*, Alianza Editorial, Madrid 1997, p. 135.

tos hay una capacidad de hacer de sí lo que quiere en la línea de una mayor personalización, a la vez que tiene una proyección futuriza. Los actos voluntarios de la persona le confieren su ser libre, haciéndola dueña y principio de sus actos, y por consiguiente de su destino y de su vida.

La libertad está muy presente en la cultura y aunque ésta condicione a la persona en alguno de sus aspectos, es un "ya pero todavía no", pues deja total libertad de respuesta a la persona para ejercer su creatividad y abrir el abanico de posibilidades que emanan de su interior o de la relación con los demás. La cultura no encierra a la persona, ni la determina, sino que colabora en su condición de ser libre. A más libertad, más creatividad, más posibilidades y por tanto más capacidad de acción.

Donación: Mostrar lo que uno es o lo que a uno se le ocurre es un medio de empezar a darse. La persona humana tiene un modo de ser efusivo: es capaz de sacar de sí lo que tiene (y lo que es) para darlo. El hombre es un ser con capacidad de tener y de dar sin perder lo tenido. Esto significa que se realiza como persona cuando extrae algo de su intimidad y lo entrega a otra persona como valioso y ésta lo recibe como suyo. Esto tiene mucho que ver con el modo de la voluntad que conocemos como amor.

La cultura, en cierto sentido, también es una donación de la persona, ya que en ella se reúnen las distintas posibilidades aportadas por todos, unas se aceptan y otras se rechazan, y todas en conjunto conforman la estructura sociocultural donde la persona se sigue desarrollando como tal.

El desarrollo, por tanto, de estos cinco radicales que he apuntado conllevará un desarrollo y perfeccionamiento de la persona. Ahora bien, la cuestión que se nos plantea al tratar de forma conjunta a la persona y la cultura es: ¿La cultura ayuda realmente al desarrollo de la persona? No se trata de mirar a las otras culturas de reojo sino de reflexionar sobre la nuestra propia en la actualidad, es decir, quizás sea necesario realizar un nuevo giro antropológico en el que se tenga en cuenta que la persona es el principio y el fin de la cultura.

La paradoja: la cultura contra la persona

Si la cultura, como hemos visto, es el mundo que la persona, por la interpelación de los demás, elabora para su propia realización personal y para el desarrollo más adecuado de sus aspectos materiales y espirituales (radicales personales), entonces no puede actuar, con su inteligencia y con su libertad, de cualquier manera sobre sí misma. En un sentido parecido se expresa la *Gaudium et Spes* en su número 53: "es propio de la persona humana el no llegar a un nivel pleno y verdaderamente humano si no es mediante la cultura". De tal manera que podríamos decir que no hay persona si no hay cultura, pero tampoco existiría la cultura sin la persona.

El problema que hoy podemos detectar es que se ha producido una especie de emancipación de algunos sectores de la cultura, como si este ente creado hubiese cobrado vida propia y fuese superior al de la persona. Y en este sentido se le plantea un problema a la persona, que, inequívocamente, tiene que vivir inmersa y rebozada en la cultura y, al igual que los humanismos ateos se aprovecharon de la fundamentación ontológica y epistemológica nacida del cristianismo para argumentar en su contra, ahora la cultura se ha vuelto contra la persona, su creadora, y la ha fagocitado disolviéndola y haciéndola desaparecer entre multitud de representaciones simbólicas, dimensiones políticas, éticas, estéticas, científicas y sobre todo tecnológicas, etc., consensuadas por la mayoría, pero que en muchos casos atentan contra la persona y su dignidad. Parece que se ha olvidado que el ser humano, la persona, es el "hecho fundamental y primero"¹⁸, es el verdadero sujeto, no un simple objeto manipulable, de la historia. Así, si existe una idea defectuosa de ser humano, habrá una cultura que origine aspiraciones destructivas.

A esta situación se ha llegado por la ruptura en la jerarquía de los sectores de la cultura: técnico-artístico, moral y teórico. Tanto el sector moral como el teórico cooperan al perfeccionamiento del hombre como persona. La cultura perfecciona el ser de la persona con la técnica y el arte en un sentido teleológico (según el bien), mientras que la moral y la inteligencia (teórico) lo hacen a través de los

18 Wojtyła, K.: Discurso a la UNESCO, n. 8.

hábitos. Pero en el mundo de hoy se produce una paradoja y es que nos encontramos con un mundo (sociedad+cultura) inmensamente desarrollado en los aspectos materiales de la cultura (economía, técnica, ciencia, etc.) pero que ha ido perdiendo el sentido y el camino de la auténtica cultura, que no es otro que el desarrollo integral de la persona. Si se subordina la cultura a la economía y a la política, se suprimirían las cuestiones más urgentes de la vida y el lugar de crecimiento personal, siendo el único resultado posible la desintegración social. Cuando el hombre invierte equivocadamente los términos y convierte en fin último de su esfuerzo las posesiones, de la índole que sean, se da, lo que Gabriel Marcel expresa en su célebre frase “la negación del ser, por el tener”, dejándose de pertenecer a sí mismo y corriendo el riesgo de alienarse.

Muchos son los ejemplos a los que podríamos referirnos para ilustrar tal despersonalización de la cultura: aborto, eutanasia, pena de muerte, guerras profilácticas, carrera armamentista, etc. (‘cultura de la muerte’). Pero el foco real de infección se ha localizado en la comunicación: ya no se trata sólo de la manipulación de la persona por la instrumentalización mediática, de la que Kierkegaard pareció intuir sus efectos al prevenirnos del peligro de disolución del individuo en la masa, sino del envilecimiento producido por un fenómeno social que los comunicólogos y los psicólogos especializados en las dinámicas de comunicación han dado en llamar SIH (Síndrome de Incomunicación Humana). En general, se trata de un volver a encapsular a la persona en un sujeto, en un yo, objetivable, y en el caso de la incomunicación todavía es peor, ya que con la bacteria de la incomunicación se destruye la relación interpersonal, la persona y la cultura.

¿Puede aportar algo nuevo el personalismo a la relación persona-cultura? ¿Es posible personalizar la cultura?

Me parece que es sumamente necesaria la personalización de aquellos sectores de la cultura que han olvidado su referente principal: la persona. A ellos hay que llevar el giro personalista del qué al quién, ya que si estos aspectos culturales despersonalizantes y homogeneizantes aplican su rodillo sobre la persona y si la persona no es capaz de perso-

nalizar la cultura, Matrix ha llegado¹⁹. No se puede volver atrás la historia, ni tampoco vivir como si los avances científico-técnicos no se hubieran producido, pero sí se pueden personalizar y hacer que esos mismos avances no vayan en contra de la persona.

EL personalismo, que busca reivindicar la grandeza del hombre y defenderlo de todo aquello que lo amenace y que lo lleva a la no-existencia, es quizás la corriente más cercana, junto con el cristianismo, a estas ideas. Por lo que, para finalizar, valga la reflexión de Elvira Repetto, que nos pone sobre la pista de la pertinencia del personalismo como corriente de pensamiento capaz de llevar a cabo una personalización de la cultura: “En definitiva, se trata de dar a la persona su sentido más pleno, tanto en su concepto, como en su proceso de acción, y siempre en la doble vertiente de la mismidad y la relacionalidad. Es preciso estimular el esfuerzo que el hombre ha de hacer para lograr una mayor interiorización de su ser; luchar por la singularidad de lo humano sin que se extinga ante la masificación. Se exige la unión con la comunidad, su inserción en ella, pero una integración que sea auténticamente personalizante y no que erradique lo más esencial de la persona. Urge que el hombre sepa ver más allá de la propia utilidad que le reporten las cosas o las personas que encuentra en su quehacer cotidiano; es perentorio que descubra en las cosas y en las personas su auténtico valor, el contenido de ‘sentido’ y el misterio del mundo, el valor del espíritu sobre otro valor en la jerarquía axiológica, y por tanto el valor máximo de la persona y de Dios. Es incuestionable que el desarrollo de las ciencias biosociales debe revertir en una mayor humanización del hombre, y no en una planificación científico-técnica que anule la singularidad, la creatividad y la auténtica relación interpersonal. ¿Qué corriente de pensamiento existe hoy que pueda dar a la persona humana el lugar central que le corresponde? ¿Quiénes son los autores que elaboran una teoría de la persona que no sucumbe a las realidades de nuestra época? ¿Cabe pensar que la persona sea un

19 Si en el film “Matrix”, los humanos se veían controlados y usados por la inteligencia artificial creada anteriormente por ellos, salvándose las lógicas distancias, podría producirse una especie de “Matrix cultural” si la cultura sigue despersonalizándose. Ya se observan ciertos controles culturales sobre las personas: moda, publicidad, medios de comunicación, etc.

hecho contingente y que haya de ser ahogada por la estructura actual? Entre todas las diversas corrientes de pensamiento, se destaca el personalismo como la doctrina presidida por la exigente fidelidad a la idea del hombre como persona y la primacía de esta realidad personal sobre otra cualquiera, a excepción de la Trascendente”.

Consideraciones prácticas

¿Cómo llevar esto a la práctica? Quizás sea el quid de la cuestión, pero si existe alguna forma, ésta es a través de la educación. Se trata de una educación personalista y personalizadora a todos los niveles, donde la persona aparezca como principio y fin de todo saber, que dé como resultado una cultura personalista que mire por encima del placer y de la utilidad, apuntando a un enriquecimiento y crecimiento interior del sujeto junto a los demás.

Bibliografía

- Arendt H.: *La condición humana*, Ed. Paidós, Barcelona 1993.
- Burgos, J. M.: “Sobre el concepto de naturaleza en el personalismo”, *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, Año 54, nº 132 (jul.- dic.), 2005, pp. 295-312.
- Ferrer, U.: *¿Qué significa ser persona?*, Ediciones Palabra, Madrid 2002.
- Marías, J.: *Persona*, Alianza Editorial, Madrid 1997.
- Mead, M.: *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Ed. Paidós (Colección Surcos), Barcelona 2006.
- Moreno Villa, M.: *El hombre como persona*, Caparrós Editores (Col. Esprit), Madrid, 1995.
- Murillo, J, I.: La teoría de la cultura de Leonardo Polo, en: *Anuario Filosófico*, Vol. 29, nº 55, 1996, pp. 851-868.
- Polo, L.: *Quién es el hombre*, Ediciones Rialp, Madrid 1991.
- Repetto Talayera, E.: *El personalismo como superación de las antinomias actuales*, *Anuario Filosófico*, 1976, p. 293-321.
- Wojtyla, K.: Discurso a la UNESCO, n. 8.
- Wojtyla, K.: “El problema del constituirse de la cultura a través de la ‘praxis’ humana”, *El hombre y su destino*, Ediciones Palabra, Madrid 2005, pp. 187-203.